

## LA BÚSQUEDA

Con calma comenzó la búsqueda. Primero abrió el cajón donde estaban sus documentos más importantes: acta de nacimiento, Curp, hacienda, escrituras de su propiedad, pasaporte, cartilla militar, acta de matrimonio, acta de divorcio, nueva acta de matrimonio, otra de divorcio, copias de las actas de nacimiento de sus dos hijos, algunas multas, papeles de propiedad de su automóvil, el permiso para portar armas, su tarjeta de seguro médico. Leyó uno a uno. En su acta de nacimiento le interesó saber que nació un 16 de junio de 1935 a las tres de la mañana. Este último dato fue el interesante, los otros dos ya los tenía bien registrados en su memoria. Confirmó que ya estaba viejo, cosa que sabía de sobra. Esa noche, la de su nacimiento, sus padres no han de haber dormido nada, pensó. Aunque quién sabe, es posible que mi padre se haya ido a la cantina o con unas güilas como acostumbraba y mi madre después de parir se haya puesto jetona como siempre hizo. Era su defensa, dormir. Y así se pasó la vida durmiendo o haciéndose la dormida. Qué fácil. Ahora sí duerme de a de veras y junto a su maridito del que se quejaba que no dormía con ella casi nunca. La cartilla lo hizo sonreír recordando al Himno nacional por aquello de que un soldado en cada hijo te dio. Un soldado que nunca vistió de militar, que acabó odiando todo lo que olera a rangos, a obediencia total, a abusos y prepotencia. Sus propiedades, la casa y el auto, en ese momento le valieron madres. Eso se dijo: me importan madres. El pasaporte ya estaba vencido. Ni modo, ya no podré viajar. Pero eso también me importa madres. Y madres le valieron también todo lo de hacienda y las multas. Donde sí puso atención fue en sus dos actas de matrimonio, la de Natalia y la de Sofía. Pinche Natalia, tan puta ella que se largó con el primero que se le puso enfrente. Pinche Sofía, tan pendeja que le hizo caso a su madre y se largó a

vivir con ella. Pinches las dos, tan señoritas, tan de sociedad, tan finas, tan... A las dos me las paso por los huevos igual que a sus señoras madres y a toda la familia política. Con las copias de las actas de nacimiento de sus hijos reaccionó de forma distinta, hasta sonrió al verlas. La sonrisa se le fue borrando poco a poco mientras leía las fechas, los testigos, el lugar. Los dos tan lejos de él, los dos haciendo su vida como si él no existiera para nada. Empezó a pensar que eran unos desagradecidos, que él se había casi matado para tenerlos en buenos colegios y que ahora... Rompió en risas. Ya estoy como mis viejas, quejándome, chantajeando. Que hagan de su vida lo que se les hinche, eso les enseñé y eso deben hacer. Que yo les valga un cuerno, o un pito, o un bledo, o una chingada es lo de menos. Ellos ahí están, en lo suyo, cómo debe ser. La tarjeta del seguro médico, la grande, la poderosa, la cara, la que sirve para cualquier hospital del mundo, la que costaba a la compañía un chingo de lana, le recordó su diabetes, su estreñimiento crónico, su impotencia sexual, sus taquicardias, sus dos operaciones: la de la próstata y la de los divertículos intestinales. Bruscamente cerró el cajón. No había encontrado lo que buscaba. Ahora fue al closet. Primero, tranquilo, fue moviendo ropa, zapatos, corbatas. Al no encontrar nada las fue sacando del lugar y arrojándolas hacia atrás, hacia el piso. Sacó su smoking, sus pants, sus batas, sus trajes de baño, las corbatas cafés, azules, rojas. Sacó una amarilla que jamás se había puesto y que siempre le había llamado la atención y había guardado para un momento oportuno que nunca llegó. El traje café le recordó cuando le dieron el premio al mejor trabajo de su empresa, el negro cuando fue al velorio de Andrés, su mejor amigo, su hermano del alma como le decía cuando ya estaban pasados de copas. En montón y haciendo ruido cayeron los zapatos de charol, los cafés, los chatos, los de punta, los tenis, las chanclas, las pantuflas, los huaraches. Los cinturones parecían largas víboras extendidas en el piso después de que los arrojó al otro extremo de

la recámara. Del closet salieron cámaras de fotos, de cine, lentes para el teatro, cachuchas, bufandas, guantes, pañuelos, lentes para el sol, suéteres, chamarras. Nuevamente volvió a decir “madres”. Sólo que esta vez le agregó la palabra pinche. “Cuántas pinches madres guarda uno”. Del closet pasó a los cajones de su buró. También arrojó al piso la pistola y el cargador extra que tenía lleno de balas, tres o cuatro frascos con medicinas, un paquete de condones que había guardado quién sabe cuándo, a la mejor cuando todavía los usaba. Voló por los aires una calculadora solar, sus lentes para leer de cerca, un repuesto de las llaves de la casa, la agenda chica de teléfonos en la que tenía los números de urgencia, de los familiares cercanos y amigos íntimos. Cuáles, se preguntó sonriendo. Sacó y aventó su tarjeta del Insem que nunca había usado. Y nada, tampoco ahí estaba lo que ya obsesivamente buscaba. Ahora recorrió toda su recámara, vio detrás del aparato de televisión, buscó bajo la cama, se trepó para examinar la lámpara del techo. Nada. Salió para revisar la casa. Todo lo iba tirando o rompiendo en su loca búsqueda. En el suelo quedó la vajilla de Michoacán, los platos de cobre, la mantelería de colores, las ollas y sartenes de la cocina, los cuadros, las porcelanas, las gladiolas que compró no hacía ni dos días en el mercado que se pone frente a su casa los lunes, las herramientas de la casa: martillos, desarmadores, pinzas, cintas de aislar. De la que fue recámara de sus hijos tiró balones, muñecos, juguetes y más juguetes, cuadernos de escuela, libros de primaria, secundaria y hasta una revista semipornográfica escondida en un maletín. Todo fue a dar al suelo. Con el bat de baseball que les regaló fue rompiendo muebles, ventanas, figuras para acabar con todo. Cansado lo aventó junto a las demás cosas. Siguió cuarto por cuarto, lugar por lugar, desde el cuarto de la sirvienta, el garage, los baños, hasta la casita del Bambi, su perro consentido que murió envenenado por un vecino que no soportaba sus ladridos de noche. Y sí encontró. Encontró el encendedor de plata que le

regaló su tío y padrino, su primer credencial de elector que creyó perder en Guadalajara cuando fue a un banco, el sobrecito que tenía su primer diente y su cairel de cuando era pequeño y que guardó su madre entre sueño y sueño, entre bostezo y bostezo. Encontró muchas otras cosas que creía perdidas: una resortera, su medalla de honor de la escuela, sus primera plumas fuentes, la foto de Mariana que escondió tan bien para que no la encontrara Natalia, la nota de sociales que apareció en un periódico cuando lo festejaron por sus veinticinco años en la empresa, unas boletas de pago de predial. Nada de esto le importó como no le importaron las botellas que estrellaba en el piso; las latas de frutas, de quesos, de verduras, de pescados que rodaban de un lado al otro, los paquetes de papel higiénico que tanto espacio ocupaban. Todo para acabar en el excusado, pensó. Ahí vamos todos a parar, a la mierda, completó el pensamiento anterior. Faltaban los libros. Los libros que ocupaban parte de la casa. Libros en los libreros, sobre el buró, en el baño para leer mientras, en la sala, en el comedor, en el garage, en cajas de cartón. Libros grandes, chicos, empastados, engargolados, viejos y nuevos, ilustrados y no, libros caros y baratos, libros en español pero también en francés e inglés, libros técnicos, libros de arte, libros de literatura, de fotografía, de viajes, de superación personal, de religión, de política. Colecciones y enciclopedias completas. Libros sin abrir, libros muy usados que fueron leídos una y otra vez. Shakespeare voló por los aires junto con Séneca y Octavio Paz. Antes de volar fueron abiertos y esculcados para buscar en las frases lo que tanto investigaba. Lo mismo ocurrió con Kundera, Saramago, Jardiel Poncela, Verne, Freud, Joyce, Rulfo, García Márquez, Prust, Fuentes, Garro, Neruda. Uno tras otro fueron abiertos, páginas enteras destrozadas volaban por los aires. Nada se salvó. Ni los libros consentidos ni los libros odiados o aburridos, ni los que le sirvieron de preparación o los de diversión. Se juntaron en el piso frases de amor con las de odio o de reflexión filosófica, las de humor con las

serias, las bellas con las fallidas, las poéticas con las vulgares. Millones y millones de palabras saltaban de un lado a otro y se confundían entre ellas. Las que no se confundían eran las que él ya gritaba a todo pulmón de un lado a otro. ¡No encuentro, no encuentro! Y al gritar se arrancaba el cabello de la cabeza que ya no era mucho, se arrancaba la ropa para quedar casi desnudo. Y así salió corriendo a la calle. Buscó en el jardín de su casa, en las banquetas, en las fachadas, en los postes de luz, en las coladeras. Preguntó a todos los que veía en la calle si no sabían dónde estaba. Preguntó a vendedores de tacos, a una pareja de enamorados, a una prostituta callejera, a un lisiado que se apoyaba en un bastón, a un cura, a dos mujeres que discutían a gritos, a unos empleados que corrían para llegar a tiempo, a una mujer que con dificultad cargaba una bolsa llena de verduras y frutas. Todos movían la cabeza negando. Por último, cuando se arrojó a las vías del metro supo que nunca se encontraría a sí mismo.

Tomás Urtusástegui

Mayo 2005